

José Antonio Buil

NADA EN COMÚN

XXVI Premio Nacional de Poesía «Rodrigo de Cota»
Excmo. Ayuntamiento de Toledo (2000)

PRÓLOGO: Consuelo Jiménez de Cisneros



AUDIOLIBRO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°144—

MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com
De la obra © JOSÉ ANTONIO BUIL AÍNA

Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Del prólogo © CONSUELO JIMÉNEZ DE CISNEROS

Audiolibro © ÁNGELA DEVESA Y ÁLVARO CANICIO

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © depositphotos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: octubre 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-95-2
Depósito legal: M-21638-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

José Antonio Buil quiere reeditar su poemario *Nada en común* y me pide un Prólogo. Nos separa un largo verano de kilómetros, así que sus versos cruzan la península primero en forma de pdf y luego en la de bellos libros impresos que arriban en un paquete postal como en los viejos tiempos. Buil sabe que conozco algo su poesía, pero ha seleccionado unos cuantos poemarios para que los tenga en cuenta.

Nada en común obtuvo el XXVI Premio Nacional de Poesía «Rodrigo de Cota» del Ayuntamiento de Toledo en 2000 y fue impreso en 2014. Han transcurrido, por tanto, veinticuatro años desde que se escribió. Un tiempo en el que el autor ha escrito y publicado otros poemarios que vale la pena recordar. La mayoría de ellos han sido premiados, lo que revela el aprecio que la poesía de Buil ha conseguido en los más diversos ámbitos. En la sección de Reseñas de la revista digital «El Cantarano» ya nos detuvimos en dos poemarios que abren y cierran -hasta la fecha- el recorrido poético de Buil: *Primeras manchas* y *Unbuilt*.

Esta reedición de *Nada en común* no es la primera en el caso de Buil, que vuelve, una y otra vez, sobre su poesía, como hiciera el gran **Juan Ramón Jiménez**. Así sucede con el mencionado *Primeras manchas*, un libro que recoge dos poemarios diferentes: «Pudor en piscis» y «Tiempo de excava». Son poemarios iniciales, premiados y publicados en los comienzos de los años noventa. El autor cultiva en ellos un fino erotismo que actualiza la visión clásica del tema y un moderno género como sería el micropoema, que

aparecerá también más adelante como microrrelato en su libro posterior, *Extravío*.

Pocos años después, en el quicio entre el siglo XX y el XXI, se publica *Poemas desde la frontera* (Ed. Endymion, Madrid, 1999). Poemario que obtuvo el Premio Nacional de Poesía José Luis Hidalgo en 1998. Emili Rodríguez Bernabeu firma el Prólogo y medita en él sobre esa frontera: «el sentimiento de permanecer en una periferia vital». Cada poema es una reflexión que inserta al poeta en un universo que él trata de desentrañar, donde busca ubicarse. Desde la sencillez, sin envaramiento alguno. Porque la poesía de Buil es como una reflexión a media voz que un amigo pudiera hacer a otro compartiendo su experiencia. Pese a su amplia cultura que une lo humanístico a lo científico, el poeta, cuanto escribe poesía, no es erudito, ningún verdadero poeta puede serlo. La palabra mejor es la más simple. Y esa es la que el poeta utiliza, con la que llega al espíritu del lector.

Ad Infinitum (Ed. Aguaclara, Alicante, 2005) comparte con *Nada en común* todo el universo referencial del poeta, no solo temático, sino estilístico, que se va asentando y reafirmando en cada poemario, en una ascensión lírica que no se sale de la línea trazada. Es un modo de escribir poesía libre, reflexivo, con versos sorprendentes, cuidadosamente desaliñados, como esa Pepita Jiménez que tardaba tanto en arreglarse porque no parecía querer mostrar que se había arreglado. *Ad Infinitum*, título siempre intencionado, como todos los de Buil, se convierte en un libro muy especial por ir acompañado cada poema de un comentario de Ramón Sancho. Sin duda es un privilegio para cualquier poeta que sus versos sean debidamente glosados. La glosa, ejercicio

retórico de origen medieval cuya vigencia perdura, se convierte en el mejor homenaje que se puede hacer a un texto. **San Juan de la Cruz**, patrón de los poetas, se autoglosaba a pesar de que, o precisamente porque sus versos, excelsos e inefables, podrían entenderse de muchos modos, algunos peligrosos en su época. En el caso del poemario de Buil, se revelan los referentes -históricos, culturales, estéticos- del autor. Su amplio conocimiento de nuestras fuentes literarias esenciales. Su capacidad para citar a Luis García Montero y a la diosa Tanit, y a Euclides, y a Venus, y a Antonio Gracia. Todo un plural universo de referencias que forma parte del estilo peculiar de Buil.

Otro título a tener en cuenta para entender mejor la evolución literaria de este médico poeta es *Extravío*, subtulado «Poemas y divagaciones», que se publica en La Bañeza, León, en 2008 (Monte Riego Ed.). Hay que recordar que Buil dispersa sus versos por las más diversas editoriales y convocatorias de la geografía española. Este libro armoniza sus dos partes; la primera consiste en una sucesión de poemas en torno a un tema esencial de la poesía: el tiempo, tema tan ligado a la filosofía, entendida como expresión de pensamiento consciente y deliberado sobre la vida. Y eso es lo que se recoge en los breves, a veces brevísimos textos de sus «Divagaciones». Brevidad sintética que produce la emoción del logro, como la flecha que da repentinamente en el centro de la diana. Se adscriben estas divagaciones a un género literario de raíces latinas que marcó su cénit en el barroco con el conceptismo de **Quevedo** y **Gracián**. Admirables definiciones en una línea donde lo lírico, lo irónico y lo melancólico caminan juntos: «La felicidad

consiste en tener las cosas a mano». «El sufrimiento es indestructible».

Finalmente, en lo que concierne a este somero repaso por la producción poética de Buil, su poemario más reciente se titula *Unbuilt* (Cuadernos del Laberinto, Madrid 2022). Es un poemario que aporta una perspectiva novedosa al unir poesía y arquitectura. Pero el autor no se dedica, como podría pensarse, a deleitarse ante edificios emblemáticos, sino a detenerse ante aquellos cuya existencia fue meramente virtual. Edificios que nunca se acabaron o incluso que nunca se iniciaron, que se quedaron en un sueño sobre un papel. «Desarquitecturas», como escribe el poeta. O lugares y objetos que no alcanzan la condición de edificios más que de un modo metafórico: los moáis de la Isla de Pascua, por ejemplo. O espacios imaginarios como la Atlántida. Afirma en su Prólogo Rodríguez Bernabeu que el autor juega con su apellido, que, leído a la inglesa, se parecería a la palabra «construido». Y eso es justo lo que persigue el poeta: construir, construirse. Pero advierte que la construcción total es hazaña imposible, que el ser incompleto que nunca acaba de ser del todo, que siempre está en la tensión inacabable de la flecha en el arco, forma parte de la esencia de lo humano, define al ser humano.

Y eso es lo que sucede con el libro que nos ocupa: *Nada en común*. El libro no ha terminado, necesita nacer de nuevo. El hecho de que Buil quiera rescatarlo y devolverlo a la actualidad nos lleva a algunas consideraciones. La primera es que el autor demuestra un aprecio especial hacia estos versos que no han envejecido. Hace poco escribía yo a la poeta Rafaela Lillo que «la poesía no es un árbol de hoja caduca».

La poesía está por encima del espacio y del tiempo. Asombra pensar que versos trazados por hombres y mujeres de distintos y remotos países y de distintas y remotas épocas nos sigan emocionando. Versos que, en ocasiones, ni siquiera comparten los códigos lingüísticos, que viajan de uno a otro idioma, pero que, no obstante, nos admiran y nos tocan el corazón. El secreto de la verdadera poesía es que nunca muere.

Nada en común ya es un título, de por sí, provocativo. Atrevido título en unos tiempos donde formar parte de un rebaño de cualquier índole parece obligado para vivir en sociedad. Esa aparente negación absoluta no es lo habitual. A la gente le gusta buscar lo que hay en común, parece que eso les refuerza y les da seguridad. Un libro con este título nos da idea de la fuerte personalidad de su autor. Pero también resalta, en mi singular relación con este poemario como lectora y comentarista, una singular paradoja: no puedo decir que no tengo «nada en común», sino todo lo contrario. Empezando por el prologuista de la edición primigenia de 2014, cuyo segundo apellido es mi nombre de pila y que fue profesor de literatura en un país, Holanda, donde yo también estuve destinada como profesora de lengua y literatura durante seis años. La cita de **Rilke**, quien sugiere acercarse a las cosas cuando no hay nada en común con las personas, me retrotrae a mi poemario «Aquella luz, aquellas sombras» (Instituto Gil Albert, 2009) donde las cosas, incluso las más diminutas, cobran importancia por lo que significan, e inevitablemente nos llevan a las personas. Rilke fue el poeta con el que inició su prólogo de mi libro «Con las manos alzadas» nuestro recordado Vicente Ramos.

El autor estructura su poemario en tres partes más un Apéndice que consiste en un poema final precedido de una cita de **Cesare Pavese** que nos lleva a otro tema con el que tenemos mucho en común, no solo Buil y yo, sino todos los poetas sin excepción: el tema del tiempo, que ya hemos señalado que está presente en versos anteriores del autor. Otro tema también compartido, universal, es el amor, que se conjuga en tantas diversas formas proteicas como poetas hay y ha habido sobre la tierra. En el caso de Buil, el amor es búsqueda: «Amar a tientas» es como rotula la tercera parte de su poemario, y esa expresión sería una paronimia de esa otra de «andar a tientas», esto es, sin ver con precisión lo que tenemos delante o a dónde nos dirigimos. Como acertadamente escribe su primer prologuista, Joaquín Rico Consuelo, «sigue en pie la búsqueda insatisfecha sin la que, tal vez, no habría poesía importante». Búsqueda del amor que comparte, pero también del sentido de la vida, ese punto donde, de nuevo, poesía y filosofía se dan la mano. Y así ocurre en la segunda parte, «La hora de Lacan». Esta parte nos desvela la condición de médico, pensador y poeta que se funden en el autor, recordando que Jacques Lacan fue médico psiquiatra, pero también filósofo y esteta y un agitador cultural de primer orden del siglo XX al que Buil rinde homenaje en sus versos.

Reviso el índice y soy consciente de que he empezado a comentar el poemario por su última parte y ahora solo me queda aludir a la primera. Pero desvelaré mi extravagante costumbre de leer los poemarios que me interesan del derecho y del revés, es decir, empezando por el principio y posteriormente releýndolos desde el final, experiencia que

recomiendo a los amantes del verso. Vuelvo, pues, a la primera parte, «Meditaciones». Meditar es la única actividad que nos separa de todos los demás seres vivos, que nos humaniza y distingue (con permiso de quienes piensan que el ser humano vale lo mismo que un mamífero, un insecto o una planta). Meditar es lo que hicieron **Marco Aurelio** y **Cervantes** y **García Lorca**, entre otros muchos hombres y mujeres que no han pasado a la historia, pero fueron capaces de vivir una vida que iba más allá de la pura biología.

¿En qué consisten las Meditaciones de Buil? Justamente en buscar ese sentido de la vida que persiguen, cada uno a su modo, el místico y el científico, el filósofo y el poeta. «Hacer y deshacer / el nudo de la cuerda que ciñe nuestra vida», escribe Buil. Con inevitables realidades que nos atan al planeta, porque, indiferente a la observación del ser humano «la tierra impone su mineral constancia». El rito, el invento de lo prodigioso, tratan de explicar y justificar la vida. El amor, la magia, la memoria, la poesía, el tiempo. Con todo ello nos encontramos en los trazos de estos versos.

Como conclusión diría lo que más me atrae de la poesía de Buil. Lo telúrico, la materia de que está hecho el mundo y lo íntimo y espiritual se combinan en sus versos, que llevan tantos años acompañando esa otra vida privada y secreta que solo tienen los poetas.

Consuelo Jiménez de Cisneros

Catedrática de Lengua y Literatura española

Ribadeo, agosto de 2023

PRESENTACIÓN de la primera edición

Pocos serán los poemarios que consigan despertar en el lector, de manera casi inmediata, el reconocimiento de vivencias y actitudes que le abran horizontes más amplios, que le recuerden más profundas intimidades. Pues eso es exactamente lo que para mí significó la lectura del primer poema de este libro (*Nada en común*) de José Antonio Buil. Se inicia con él un poemario complejo, misterioso a veces, nunca hermético, en el que suena la voz que conocía desde la lectura de *Extravío* (2008), donde impera la misma voluntad constructiva de elementos diversos. Se compromete el autor desde el primer texto a profundizar: «hacer y deshacer / el nudo de la cuerda que ciñe nuestra vida». Todo un programa que se va desarrollando en el curso de las tres partes en que se divide el poemario, claramente separadas y diversas, tanto por el tema o contenido como por la dicción que, dentro de su unidad, presenta sutiles diferencias pragmáticas. La primera parte se refiere a la posición vital del que podríamos llamar sujeto poético del libro; la segunda refleja una crisis psicológica; y el tema de la tercera es la relación personal y amorosa. Se trata, por supuesto, de espacios temáticos complejos y flexibles.

Cada libro es un mundo, un planeta que sin embargo se halla en el universo literario. El que nos presenta José Antonio Buil me ha hecho pensar a veces en **Paul Celan**, no tanto en la poesía del atormentado escritor, sino en la posición que manifiesta en su famoso discurso de 1960 (*El meridiano*) al recibir el premio Georg Büchner, y además, en vista del tono reflexivo y descreído del poemario que nos ocupa, al

recordar el interés de Celan por la filosofía existencialista, sin que ello perjudicase la pureza de su dicción. El difícil arte de la poesía reflexiva, que solo pueden practicar con éxito los buenos escritores. «La realidad no existe, quiere ser buscada y conquistada», dijo Celan en una entrevista matizando, con su característico estilo conciso, la juvenil posición de Rimbaud. Pues bien, ya en el primer poema del libro quiere Buil «hallar», «contemplar en la calma de las cosas / la llama del candil interior que las alumbraba», pero también «hacer y deshacer», conquistar, en resumen. He subrayado «interior» porque esa puntualización me parece importante. El poeta tiene, indudablemente, interés por el mundo, tanto el físico y humano como el espiritual, pero ese interés parece curvarse como el vuelo del *bumerang* y regresar al punto de origen, la búsqueda y obtención de la realidad interior, la más auténtica («el silencio en lo hondo de nosotros»). Así explora y exige el libro para negarse finalmente conquistando el silencio. Y ¿qué es lo que ha ido hallando el poeta cuando creía, tras azarosa singladura, haber encontrado la playa deseada? Pues no otra cosa que «mar y barcas vacías», «súbitos arrecifes / y falsos varaderos»; pero ah, tierra adentro, «la soledad que rinden / los páramos míos». El problema es que la vida, la que hay que hacer y deshacer, aunque allá en el horizonte deseado (playa o páramo) dé pábulo a la esperanza, se empeña en presentar su malhumor. En cada amanecer «se nos revela el temor a un mundo vacío», «lo que nos sobrecoge». Así llega la segunda parte, que el poeta titula «*La hora de Lacan*», hora de psicosis, de sombras, de presagios, de muerte. En esta segunda parte cambian tanto las imágenes como el estilo: la sintagmática da a veces la impresión de ser más fragmentaria o heterogénea, y los sueltos entre paréntesis del final

de algún poema suenan como el disparo del cazador que abate el ave y la devuelve a la tierra. Tras ese difícil período, el sujeto poético parece sin embargo recuperarse y hasta se atreve a desnudarse en sus versos ante la amada, aunque al final le pregunta si, al mirarlo, «no ve(s) algo más / que encendidas palabras». Desconfianza, no al parecer sin motivo. El problema es de nuevo la distancia, la incomprensión, la falta de compenetración con ese mundo ajeno de la amada: «y aún, amor, no sé quien eres, / pues igual que amaneces a la luz del alba, / habitas en la sombra de aquellas pirámides».

Como lector tradicional, uno tiende a considerar la división en partes como una argucia del poeta para introducirle en una nube de diferentes colores que al final obnubilan su visión de conjunto, creando un ambiente de cierto misterio, en el que cada una de las partes emerge cual sorprendente aparición. Porque la tentación interpretativa y totalizadora es muy fuerte. Ese convencimiento, ese *instinto intelectual*, nos hace, pues, desconfiar de la fragmentación, de la división en partes sin aparente relación temática. Y ello, a pesar de encontrarnos en la era de lo «postmoderno», que, sin dar lugar a escuelas o estilos determinados, ha creado un ambiente que flota en la atmósfera cultural y artística, y toma a veces cuerpo a ambos lados del Atlántico. Desde que **Susan Sontag** en 1966 publicara su crítica a la interpretación «intelectualista» del contenido de la obra literaria, en el ámbito académico se ha escrito mucho (tal vez demasiado) sobre el arte, la literatura, la poesía «postmodernas», en relación con cuestiones como la identidad, la coherencia o la autonomía del texto poético. Pues bien, a pesar de la apariencia de diversidad de las tres partes de la obra que comento, intuyo, como lector «modernista», una unidad y coherencia en la totalidad del libro, en una poesía que

por muchos conceptos que sería enojoso enumerar, supera las viejas tendencias del modernismo europeo y llega incluso a dar la vuelta a sus espaldas, adentrándose en las minas de la tradición. En cualquier caso, me aventuro a una interpretación del conjunto de la obra, y que se centraría en el motivo de la *búsqueda* del núcleo o esencia, la paz o calma interior, y el *rechazo* de cotidianidad del mundo. Tras el fracaso de aquel hacer y deshacer con los versos esa realidad negativa, el sujeto poético se retrae y busca refugio en un amor que finalmente no le satisface por lo inabordable y ajeno de la persona amada, y por la caducidad de la relación. Así que sigue en pie la búsqueda insatisfecha sin la que, tal vez, no habría poesía importante: «Tañe a lo lejos la palma del rapsoda... / ...su vano transitar por estas cuencas / de agudas estacas y extensos desmontes...»

Si nos atenemos a este somero esbozo interpretativo, que desde luego deja mucho de lado, sube de grado la admiración por los excelentes poemas que marcan el final del libro en un acertado intento de superación (*De nuevo contemplo a solas..*), «*Llegará un día, amor..*», «*Paseamos la tarde en los caminos..*») para acabar en el magnífico poema final (*No serían más de las cinco de la tarde*), una sincera oda a la vida en la que tras la búsqueda, la disconformidad y la exigencia no cumplida, se llega a la aceptación de la paz por la belleza: «aves del paraíso / cruzaban a gran altura el cielo en bandadas». Un libro memorable.

Joaquín Rico Consuelo

Profesor de Literatura en el Instituto de Estudios Hispánicos,
Portugueses e Iberoamericanos de la Universidad de Utrecht

Bilthoven (Holanda), febrero 2014

La vida se compone de una caprichosa mezcla de ensueños, quimeras y desvelos que a menudo no comparten nada en común.

(Anónimo)

Y si siente que no hay nada en común entre los demás y usted, intente aproximarse a las cosas, que nunca lo desamparán.

Rainer M. Rilke
(«Cartas a un joven poeta»)

I. Meditaciones

a vuestros desvelos

*la Naturaleza es un templo cuyos vivientes pilares
dejan salir a veces confusas palabras*

Baudelaire

Hacer y deshacer

el nudo de la cuerda que ciñe nuestra vida;
hallar en su materia el hálito que da
el mismo sereno sentido de la muerte;
abrigar el silencio en lo hondo de nosotros
e iniciar un viaje a través de las imágenes
en el que una idea de regreso
nos parezca imposible.

Y acaso contemplar en la calma de las cosas
la llama del candil interior que las alumbra,
la aparente opacidad de los cuerpos
o el vector de la fuerza que los genera,
la mecánica que rige, en fin,
el fenómeno de la inconstancia,
el olvido o la pasión
de un amor primero.

Observad un pedazo cualquiera de la tierra:

un matojo,

una piedra,

la misma irregular geometría de las sombras...

Y la tierra impone su mineral constancia.

En algún lugar el humo

de unos pinos que fueron calcinados,

el cerco que limita el área devastada...

Y la tierra reproduce, porque sí, la vida:

unas manos,

un suspiro,

el corazón de un ave que palpita...

Es la heredad mal entendida

quien reclama consenso.

Me pregunto si la excava de estas ruinas
hace que los días se prolonguen
como extensos campos baldíos.

Quizá no hay razón para la búsqueda,
pero sí,
pues el eco del metal corroído
fuera arcana plegaria de muchacha,
o este tramo de muro de mampuesta
el recinto sagrado de su templo.

Acaso el azote secular de las avientas
al abrigo de esta choza levantada con adobes,
acaso los pedazos de estos cántaros de barro
anunciaron otro tiempo,
anunciaron otro tiempo y allanaron el camino
hacia un mundo insalvable
más vivo.